

PERSPECTIVAS DE UNA ÉTICA POSMODERNA

Recibido: 27 marzo 2017 * Aprobado: 31 julio 2017

JOSÉ DE JESÚS ALCALÁ ANGUIANO

Universidad La Salle Benavente

j.anguiano@live.com.mx

Resumen

El propósito de este trabajo es vincular la perspectiva sociológica de Lipovetsky y Bauman con el campo de la Ética, específicamente la teoría del pensamiento complejo de Edgar Morin. La posmodernidad está llevando a la sociedad al desencanto y la adíafora; las personas ya no encuentran significado ni sentido en actuar bajo regulaciones morales o en cumplir con obligaciones éticas o valores universales. Morin postula reformar la manera de pensar al religarse con uno mismo, con otros y con la sociedad, mostrando tolerancia y respeto hacia lo que es diferente. La educación es la esperanza que tenemos para combatir la crisis posmoderna: enseñar la comprensión entre las personas como condición y garantía de la solidaridad intelectual y moral de la humanidad. La educación requiere un compromiso global, un esfuerzo conjunto que una la ciencia y el arte, y que sea capaz de dar respuesta a todas las necesidades humanas; la educación es, sobre todo, una oportunidad ineludible de dejar atrás el predominio del individuo sobre la especie, creando lazos que enriquezcan el conocimiento, el actuar y al final de cuentas, la humanización de la humanidad.

Palabras clave: *Ética, Postmodernidad, Educación, sociedad.*

Abstract

This work intends to link Lipovetsky and Bauman's sociological perspectives with the field of Ethics, specifically Edgar Morin's theory of complex thought. Postmodernity is driving society to disenchantment and adiphora. People no longer find meaning in or the sense of acting under moral regulations or complying with ethical obligations or universal values. Morin proposed to reform their way of thinking by reconnecting with oneself, with others, and with society; showing tolerance and respect towards what is different. Education is the hope we have to fight the post-modern crisis: to teach comprehension among people as a condition and guaranty of intellectual and moral solidarity of humankind. Education requires a global commitment, a joint effort that links science and arts, able to answer to all human needs. Education is above all, our unmissable opportunity of leaving behind the predominance of the individual over the species, creating bonds that enrich knowledge, behavior and, in the end, the humanization of human race.

Keywords: *Ethics, Postmodernity, Education, society.*



El panorama actual

El mundo contemporáneo presenta características y condiciones particulares en todos los campos del desenvolvimiento antropológico, entre ellos y de vital importancia, en la ética, pues al ser la disciplina filosófica que se enfoca en la reflexión de la acción humana (Rodríguez Duplá, 2001) genera un estrecho compromiso con la dirección que toma el decurso de la sociedad.

Al revisar documentos como *“La violencia y sus causas”* (UNESCO, 1981) *“Informe Mundial Sobre la Violencia y la Salud”* (OMS, 2002) *“La transparencia del mal”* (Baudrillard, 1990/2006), *“La violencia del mundo”* (Baudrillard y Morin, 2011) y *“Análisis de la violencia como problemática social contemporánea”* (Patierno y Palumbo, 2016) nos percatamos de un contexto contemporáneo impregnado de violencia, inseguridad e injusticia, reflejado en acciones en las que pareciera que se ha dejado de lado la dignidad humana (Lipovetsky, 1992/2000) o se ha subrogado a los intereses del capital.

Esto no significa que la actualidad esté infestada de pesimismo absoluto al mero estilo de una distopía, pues la posmodernidad, como cualquier época, contiene luces y sombras. Existen grandes esfuerzos de la humanidad por caminar por las vías de la inclusión, la tolerancia, la justicia y la paz. Día a día nos enfrentamos a este reto, en donde decidimos avanzar desde nuestra imperfección hacia la construcción de un mejor mundo; pero todo ello requiere de un análisis claro de la situación actual, en donde se abra la mente y el corazón a los signos de los tiempos, pues no hay cambio asertivo más complicado que aquel que no tiene como punto de partida la realidad, pues si no se cuenta con una visión del suelo sobre el cual estamos parados será más complicado caminar en la dirección adecuada.

El ser humano es un ser inscrito en el tiempo, por lo tanto sus acciones se ejecutan en un contexto histórico y cultural determinado. Este marco referencial configura una relación bidireccional entre los actos humanos y el perfil ideológico de la época, de tal forma que tanto el sistema configura al hombre como éste es capaz de promover cambios estructurales en el ambiente físico y simbólico que lo rodea; esto nos lleva a la necesidad de tener como punto de partida un análisis de las características y circunstancias del contexto presente (Wallerstein, 2005).

Nos antecede una época centrada en la razón y con la esperanza de que a través de ella caminaríamos hacia un mundo mejor, una razón de tinte positivista mediante la cual se buscaba la liberación del oprimido, en donde se generan las grandes revoluciones y levantamientos en armas para la conformación de un mundo más justo. Eugene De La

Croix plasmó en su famosa pintura *La libertad guiando al pueblo* una alegoría de ese deseo humano de caminar hacia el horizonte del bien común y la justicia.

La cuestión se complica cuando las revoluciones se consuman, pues la humanidad se percata de que no hay cambios substanciales en la calidad de vida de las sociedades occidentales, el pobre sigue siendo oprimido y maltratado. Incluso se estarían gestando movimientos bélicos que cobrarían millones de vidas, la esperanza del hombre por un mundo mejor se vería ensombrecida y los sistemas axiológicos y epistemológicos serían fuertemente cuestionados, dando pie a nuevas formas de concebir la existencia, de dar alternativas de sentido a la historia y un estado ideológico que rompía con los estatutos de la modernidad.

Amalia Quevedo (2001), Doctora en filosofía por la Universidad de Navarra, rastrea el origen del término posmodernidad, encontrando algunos antecedentes en el campo del arte. Quevedo explica que éste se consolida a través Lyotard (1991), quien la concibe desde la caída de los metarrelatos, es decir, de las grandes explicaciones a las que el ser humano recurría para justificar y explicar el sentido de la existencia y la historia.

Esto va a implicar el surgimiento de nuevos relatos, nuevas formas de interpretar el mundo, dando pie a la pluralidad y la descentralización, pero a su vez generará una diversidad tan compleja que puede resultar enredada y confusa. Esta diversidad implica distintas apreciaciones sobre lo posmoderno, dependiendo del campo de estudio y de la evolución del pensamiento de cada autor, quienes no siempre mantienen una perspectiva lineal de un mismo fenómeno.

La falta de credibilidad en los metarrelatos tendrá diversas manifestaciones, como por ejemplo, la desinstitucionalización, en donde las grandes estructuras cefálicas de la sociedad pierden credibilidad, desde las más esenciales, como la familia, hasta las de carácter ejecutivo, como la escuela y el mismo Estado, abriendo el campo a un panorama que puede enfrentarse a dos posibilidades: cambiar o morir.

Este paradigma se refleja de distintas formas, por ejemplo, la estructura familiar tradicional se ha abierto a nuevas posibilidades, pues no se puede hablar de cambio sin una correspondiente mutación en la célula básica de conformación social; por lo que en la actualidad han surgido nuevas formas estructurales, como familias reconstituidas, monoparentales, o incluso los hogares unipersonales.

En el campo de la política se percibe una creciente pérdida de credibilidad hacia los partidos reflejada en el alto índice de abstencionismo. También se puede ubicar el surgimiento de escisiones y divisiones al interior de los bloques políticos o incluso en nuevas formas de postulación, como los candidatos independientes.

El consumo es un elemento fundamental de la posmodernidad (Bauman, 2005 /2015), pues es uno de los motores fundamentales de motivación social, cosa que no debe sor-

prendernos debido al fuerte arraigo del capitalismo en occidente, en donde la polarización de clases se hace cada día más notoria. Bauman (2013) describe el peregrinar de la concepción de la cultura, que en un origen representaba el punto al cual debemos caminar, posteriormente se convirtió en un elemento de división social, un status quo que diferenciaba al intelectual del ignorante y actualmente es un elemento que en muchos casos está al servicio del consumo, lo que ha generado expresiones artísticas *light* (Vargas Llosa, 2015), especialmente en la literatura y el cine.

Lipovetsky (1983/2013, p.17) liga el consumo con otro elemento, la seducción, pues ésta “se ha convertido en el proceso general que tiende a regular el consumo, las organizaciones, la información, la educación y las costumbres” y una de las mejores formas de seducir es el espectáculo, transformando lo real en una representación falsa enmarcada en la alienación y la desposesión. La seducción se convierte así en una ilusión de aquello que añoramos y no hemos podido alcanzar (Debord, 1967/2002), reconduciendo el imaginario de las personas y conformando nuevas necesidades, o pseudonecesidades.

La seducción, desde el neohedonismo y a través de los *mass media*, administra un proceso de aislamiento que fractura lo intersubjetivo promoviendo un paradigma hiperindividualista en donde cada persona se hace responsable de su propia vida, gestionando su capital estético, afectivo, psíquico y libidinal (Lipovetsky, 1983/2013). Esto es completamente normal y responde a nuestro ego, pero en ocasiones se va a un extremo en donde instrumentalizamos al otro, lo cosificamos y lo ordenamos a nuestro placer, negando su humanidad; en referencia a Bubber (2005), tratamos de extender nuestro “Yo” sobre el “Tú” del otro.

El hiperindividualismo se entiende a la luz de la identificación inconsciente con la figura mítica de Narciso (Edipo funge como emblema universal, Fausto o Sísifo reflejan la condición moderna), “*El narcisismo se ha convertido en uno de los temas centrales de la cultura americana*” (Lasch en Lipovetzky, 1983/2013, p. 49). Éste tiene como base el derecho a realizarnos de acuerdo a nuestra propia y única voluntad, aspecto que podría parecer justo si no tomamos en cuenta que en la posmodernidad se trata de una acción humana que llega a negar la intersubjetividad, aislando el trato con los demás o menospreciándolo cual modelo capitalista que penetra en las relaciones humanas (Bauman, 2007) en donde el otro se convierte en un producto de mercado que se adapta a mis demandas.

Como se puede deducir hasta este momento, la posmodernidad genera elementos paradójicos, por un lado la caída de los metarrelatos rescata la subjetividad y la independencia intelectual, pero puede agudizar el relativismo intelectual de segundo orden, que no es exclusivo de la posmodernidad, pero es bastante compatible con ella; también hay una nueva apertura de la cultura ante la sociedad, en donde se ha vuelto más accesible y atractiva, pero en ocasiones *light* y orientada bajo los criterios del espectáculo y el consumo. La eticidad, como condición antropológica, también se verá moldeada bajo las circunstancias del mundo contemporáneo.

La ética posmoderna

La filosofía griega clásica, especialmente Aristóteles, planteaba sus sistemas morales basados en criterios racionales, pero a partir de la Edad Media se dota a la ética de un fuerte carácter religioso, para caer de nuevo en una postura laica en la modernidad bajo la supremacía de los valores antropológicos y la razón. De forma general, en occidente la caída de los metarrelatos acentuó la deslegitimación de la ética teocéntrica, abriendo, al igual que en otros aspectos, las puertas de la libertad, que en este caso ha tendido hacia los valores humanos, especialmente individuales.

En su libro, *“El crepúsculo del deber”*, Lipovetsky (1992/2002) explica que la ética posmoderna o postmoral es preponderantemente humano-racional, desprendiéndose de la influencia estrictamente religiosa, generando una ética universal y laica basada en los derechos inalienables de los individuos, quienes son el referente fundamental.

La pérdida de fortaleza del metarrelato cristiano como factor de legitimación ha provocado una especie de movimiento pendular en la ética posmoderna, pues éste estaba dotado en gran medida por un carácter ascético, donde los placeres, especialmente los carnales, debían ser controlados a base de la disciplina espiritual; de tal forma que la inercia del péndulo se ha inclinado fuertemente a una acción humana que justifica su actuar bajo los criterios del placer individual o relativo, así que se considera como bueno aquello que causa satisfacción. Esto puede generar una justificación para pensar sólo en uno mismo y tomar estos criterios como constructores de un supuesto orden colectivo en distintas esferas sociales, como en lo educativo, lo político o lo económico. De esta forma afirma Leo Strauss: (en Lipovetsky, 1992/2002, p. 24) *“el hecho moral fundamental y absoluto es un derecho y no un deber”*.

Las sociedades posmodernas rescatan el valor del individuo, pero ensombrecen o incluso renuncian a los imperativos que honran los deberes de la moral interindividual. El amor a sí mismo ha oscurecido el altruismo. Ante esta afirmación pueden surgir grandes dudas o cuestionamientos, pues los medios de comunicación nos informan sobre las grandes donaciones de filántropos para atender la pobreza, incluso vemos famosos que se trasladan a lugares afectados por la pobreza y los desastres naturales y fungen como voluntarios, reconstruyendo con sus propios medios aquello que se ha derrumbado o bien, adoptando a algún niño de una población vulnerable, ¿Cómo es posible que se hable de una renuncia al altruismo y a la moral interindividual frente a tales gestos?, la respuesta se da al analizar que esta restauración moral está siempre enmarcada bajo la cortina mediática, pues la posmodernidad no excluye los referentes éticos, pero los sobreexponen mediáticamente en una mezcla de generosidad, marketing, seducción y espectáculo.

Esta caridad conmueve, pues expone sentimientos íntimos, lágrimas y testimonios, generando una ética sentimental-mediática que busca provocar la simpatía con el público,

es una moral del sentimiento que en palabras de Nietzsche se explica como “*La moral de la piedad universal*” (en Lipovetsky, 1992/2002), en donde existe una participación imaginaria en la desdicha del otro, pero sin un compromiso real y transformable en acciones.

Bauman (2006/2013) realiza una crítica de Lipovetsky, pues explica que en dado caso de encontrarnos en la época de la desvinculación con las obligaciones y los deberes es tarea del sociólogo, y del educador añadiría yo, llevar las investigaciones a un punto más avanzado, de tal forma que el enfoque posmoderno de la ética no debe centrarse en la descripción de las problemáticas, sino en una forma actualizada de abordarlas, pues los problemas de la ética no han perdido vigencia, sólo han cambiado de forma.

En “*Vida líquida*” (Bauman, 2005/2015) se hace referencia a Hanna Arendt al llamar a la actualidad como “*tiempo de oscuridad*” debido a la brecha de credibilidad que ha surgido en torno a las instituciones como producto del desencanto, en donde los discursos morales, o de cualquier tipo, trivializan toda verdad hasta llevarla al sinsentido y al desencanto. Esto tiene como consecuencia que el ámbito público pierda el carácter ilustrador que le caracterizaba, generando en los habitantes una especie de emancipación política en la que las personas se apartan de sus obligaciones sociales con el mundo, haciendo un lado el compromiso entre el individuo y el prójimo. Estas ideas respaldan algunos de los planteamientos que ya se han explicado antes, como la desinstitucionalización y el hiperindividualismo.

Desde la sociología de Bauman se entiende la condición moral de la actualidad bajo el término de *adiáfora*, el cual sintetiza algunas de las nociones abordadas hasta el momento; ésta consiste en introducir los actos de los seres humanos en una esfera que excluye las evaluaciones morales, así como el perfil teleológico de la acción humana, partiendo de la indiferencia y del *entumecimiento moral*, en donde las necesidades del otro son olvidadas o meramente ignoradas. La *adiáfora* se alimenta de nuestro ritmo rápido de vida, en donde se atiende lo urgente, pero no lo esencial. Somos seducidos continuamente por el consumo y el espectáculo bajo la constante guerra mercadológica que busca elevar las audiencias o los ingresos en taquilla.

Al igual que Lipovetsky, Bauman enfatiza el carácter mediático de la ética posmoderna, pues afirma que son los artistas quienes escapan de la *adiáfora*, no porque ellos no la experimenten, sino porque sus vidas y problemas se vuelven parte de la cultura orientada al consumo, generando una penetración del ser humano “común” en sus problemas y limitaciones, de tal forma que se llora la partida de un cantante, pero se ignora al vagabundo que camina con hambre y sin zapatos al lado nuestro.

Otro elemento catalizador de la *adiáfora* es el mal uso de la tecnología, pues al ser un medio carece de categoría moral, pero la dirección que se le ha dado colabora con lo que se ha mencionado hasta este momento. Bauman afirma (en Pardilla Fernández, 2014) que el éxito de *Facebook* radica en la penetración que éste tiene en la necesidad del ser

humano de ser reconocido, incluso en el miedo mismo a estar sólo, pues de esta forma se realiza un soliloquio de aparente escucha, en donde me muestro como quisiera ser visto, dando la apariencia de una vivacidad social, pero cayendo en un individualismo enmascarado, pues los contactos o "amigos" están presentes para respaldar mi persona a través de su aprobación mediante *likes* o *followers*. Siendo éstos incluso los medios de descarga de mi obligación moral, pues el aprobar públicamente una situación de conflicto o injusticia a través de las redes sociales refleja ya un grado de preocupación por ello, pero nos deslinda de la ejecución moral que toma acciones concretas. Esto no implica un ataque al periodismo crítico, que puede promover democracias liberales sanas, sino a gran parte de la población que llega a seguir acríticamente los recursos y contenidos del internet.

La perspectiva de la sociedad actual como modernidad líquida plantea un panorama oscuro, pero es importante destacar que la ética posmoderna de Bauman es de tinte más propositivo, pues explica que la posmodernidad ofrece un tipo de sabiduría peculiar, pero es el entorno posmoderno quien dificulta actuar esa sabiduría. La ética posmoderna de Bauman afirma la adiáfora, pero plantea nuevas circunstancias que pueden fungir como elementos de crecimiento o decrecimiento, según se les aproveche.

En primer momento se cuestiona si la caída de los metarrelatos como legitimadores de la existencia y la historia es algo necesariamente negativo, pues hasta el momento no ha existido un modelo ético universal, es decir, que ilumine las problemáticas humanas en todos los contextos y de forma unívoca, pues somos moralmente ambivalentes, nuestra interacción es tan compleja que no se puede reducir a un solo criterio de interpretación. *Debido a la estructura primaria de la convivencia humana, una moralidad no ambivalente es una imposibilidad existencial* (Bauman, 2006/2013, p. 20).

Otro aspecto relevante, que nos servirá como punto articulador con nuestro siguiente autor, Edgar Morin, es la dimensión aporética de la ética posmoderna, pues desde la ambivalencia ya descrita emerge la incertidumbre, que parte del hecho de que entre el acto y las consecuencias hay una distancia que no podemos prever con total control. Esos efectos secundarios o consecuencias inadvertidas son variables que pueden escapar de nuestra imaginación moral.

La ética compleja

Al igual que Bauman, Edgar Morin sustenta una visión que percibe las sombras de la realidad actual, pero postula un camino de acción desde esta naturaleza imperfecta del ser humano, no se ciega ante nuestra pobreza, la incluye en nuestra riqueza y propone un cambio desde ambas condiciones. Su perspectiva social no adopta el término posmodernidad en su vocabulario específico, pues él denomina a la época actual con el nom-

bre de *era planetaria*, pero identifica algunas problemáticas coherentes con los marcos que hemos manejado hasta el momento.

Según Morin el ser humano es ser en tensión, su naturaleza y su cultura conforman una identidad polimorfa (Morin, 2001/2008), cargada de elementos duales y paradójicos, dando lugar a lo que él denomina como complejidad. Su visión social va íntimamente de la mano de su antropología; el individuo requiere de una atención hacia sí mismo que le permita la supervivencia y el desarrollo, a la par de una colaboración con su dimensión social en una *auto-eco-organización*. Es necesario el individualismo, pero también lo es la identidad social. La sociedad está integrada por la suma de las interacciones individuales (López Calva, 2009c), de tal forma que las organiza y las retroactúa en un proceso evolutivo de cooperación y complementariedad entre individuo y sociedad, por lo tanto los conflictos de los individuos impactan a la sociedad y viceversa. Los problemas tanto individuales como sociales, íntimamente ligados, se clarifican desde la ética.

Morin identifica también una crisis actual, debido a que *los tiempos modernos han producido dislocaciones y rupturas éticas en la relación trinitaria individuo/sociedad/especie* (Morin, 2004/2006, p. 27). Al igual que Lipovetsky y Bauman parte de la peculiaridad de la laicización, que quita a la ética la fuerza del imperativo religioso; se trata de un humanismo laicizado que promueve una ética metacomunitaria, es decir a favor de todo ser humano, universal en su alcance, no en su contenido.

La vinculación con el hiperindividualismo surge al identificar dos palabras que describen a la ética de la actualidad desde el pensamiento complejo, el laicismo y la individualización, provocando un debilitamiento en la responsabilidad y la solidaridad, distanciando la ética individual y la ética social. La ética individualista contiene a su vez dos aspectos antagonistas, *el relajamiento de la opresión comunitaria conduce al universalismo ético y al desarrollo del egocentrismo* (Morin 2004/2006, p.29), favoreciendo, al estilo del análisis de Lipovetsky, el placer sobre el deber en una cultura neohedonista, transgrediendo la ética familiar o conyugal bajo el pretexto de la búsqueda de la felicidad individual.

Esto se resume en la denominada *crisis de los fundamentos éticos*, que produce algunas de las situaciones que hemos descrito en el apartado de la ética posmoderna, como por ejemplo el debilitamiento del imperativo comunitario, la degradación de la solidaridad tradicional, el carácter anónimo de la realidad social en relación al individuo (redes sociales digitales), el superdesarrollo del principio egocéntrico y la desmoralización (adiáfora en Bauman) que se encamina al desencadenamiento de la mediatización y la sobrevaloración del dinero (Morin, 2004/2006). Otro punto de encuentro entre la ética planetaria de Morin y la ética posmoderna de Bauman es la incertidumbre, ambos coinciden en la distancia que se encuentra entre la intención y los efectos, y la precaución que se debe tener desde la lectura adecuada del medio y desde la economía de la acción.

Una palabra clave para entender tanto la crisis como la esperanza en la ética compleja es *religación*, que consiste en una ética que inicia del amor propio (Savater en López Calva, 2009) y camina hacia el reconocimiento del otro como un *alter ego*, en un acto de altruismo que vincula las necesidades individuales con las sociales. De esta forma se deduce que un acto moral requiere religar, con uno mismo, con el otro, con la comunidad con la sociedad y con la especie humana (Morin en López Calva, 2009b). Los criterios de bondad y maldad se desprenden de la religación, en cuanto a que lo que contribuye con ella es éticamente deseable y lo que la destruye es considerado como indeseable o malo. Las acciones que caminan hacia la religación buscan una conciliación de deberes en varios niveles: egocéntrico, geocéntrico, sociocéntrico y antropocéntrico, en donde se concilien las exigencias antagónicas entre lo mediato y lo inmediato. Ante el reto de la religación y bajo la cortina de la incertidumbre, Morin nos plantea una regeneración desde la reforma de la mente.

La educación como vía regeneradora

Morin plantea que la respuesta ante la crisis de religación o de los fundamentos éticos, especialmente de la solidaridad y la responsabilidad, es una reforma de la mente, que puede ser conducida desde la educación, posterior a una reforma de la misma. Bauman (2014), en su libro *Sobre la educación en un mundo líquido*, plantea la situación de la escuela como inmersa en la posmodernidad, pero capaz de guiarla desde dentro, incluso rescata la visión esperanzadora moriniana al afirmar que ésta parte de una fe axiológica, en donde se pueda mejorar las relaciones humanas a partir de la fraternidad y el pensamiento (Morin en Bauman, 2014).

La reforma de la mente alimenta a su vez la reforma de la educación y viceversa, de tal forma que llevan al ser humano a ir más allá del *imprinting cultural*, fomentando una mente compleja, capaz de responder a los problemas complejos de la posmodernidad o de la edad de hierro planetaria. Aristóteles planteaba ya la idea de la razón como conductora de la virtud y Pascal afirmaba que el pensar bien es el principio de la moral, pero ¿Qué implicaciones hay en el “pensar bien” de la época actual?

El pensamiento complejo parte de la epistemología, del conocimiento del conocimiento, pero no se limita al campo de la academia, se inscribe a la vida cotidiana, en donde pensamos que no está (Morin, 1990/2007), pues el pensar bien se lleva a cabo desde los pequeños detalles de nuestra existencia. Martín López Calva (2009b) realiza una síntesis de la propuesta de Morin para la reforma de la mente en donde se analizan los contextos de cada situación desde una perspectiva polidisciplinar o transdisciplinar para ligar las partes de un todo desde la unidad en la diversidad y la diversidad en la unidad.

Este pensamiento requiere no solamente concentrarse en las tareas urgentes y pragmáticas, sino también reconocer lo esencial. Por lo tanto, requiere ejercerse desde un

enfoque de educación humanista, que reconozca la ambigüedad, la ambivalencia y la incertidumbre desde una ecología de la acción, siendo éstas precisamente algunas de las características que pueden aprovecharse de la posmodernidad en una forma creativa. Emerge así lo que Bauman (2006/2013, p. 10) denomina como *“las condiciones que pueden hacer visible la fuerza de la moralidad”*.

Otro elemento que la educación requiere es la ética de la comprensión, lo que significa comprender de manera desinteresada, sin la espera de una reciprocidad (Morin, 1999), en donde se argumente en lugar de que se excomulgue, favoreciendo así la humanización de las relaciones humanas en contraposición con el hiperindividualismo imperante. A su vez, la comprensión favorece el bien pensar, pues abre nuestra mente a la lectura de lo complejo, de las condiciones del comportamiento humano, tanto en su objetividad como en su subjetividad. Desde la familia y desde las aulas se requiere formar también en una verdadera tolerancia, que suponga una elección ética que acepte la expresión de las ideas aunque sean contrarias a las propias.

Para que la educación logre atender estas demandas es necesario no sólo el cambio en las prácticas de los docentes, sino en la organización misma de la escuela (López Calva, 2009a); no se puede abordar la complejidad desde una estructura rígida, inflexible y altamente burocratizada como lo es la escuela contemporánea. Se necesita partir de un cambio en la visión de los sujetos de la educación para aterrizar en una transformación estructural del sistema educativo. Esto a su vez requiere de una transformación de la cultura educativa que implique a los sujetos de la educación, a los padres y a la sociedad en general de tal forma que se enseñe la humanidad a la humanidad, en donde *“el conocimiento de lo humano debe ser a la vez mucho más científico, mucho más filosófico y mucho más poético de que es”*. (Morin, 2001/2008, p. 17).

La educación requiere de un compromiso global, en donde cada uno de los actores implicados se comprometa con un panorama más armónico desde el *locus* que ocupa, pues a través de la educación se conjunta el esfuerzo humano, se une la ciencia con el arte. A través de la educación convergen las ciencias naturales y las ciencias sociales, toman lugar bajo un mismo techo los discursos de la filosofía y las operaciones de la matemática, los experimentos de la química y la emotividad de la música, en un marco en donde no debe predominar un estatus ni un color de piel, sino la capacidad de dar respuesta a las necesidades humanas, que especialmente en el mundo de hoy han tomado tintes y formas más complicadas. Es la educación quien brinda la oportunidad al ser humano de vincularse con el otro, de dejar atrás el predominio del individuo sobre la especie, de crear puentes, lazos, pautas de convivencia que enriquezcan el conocimiento, el actuar y, a fin de cuentas, la humanización de la humanidad, la trascendencia de lo inmanente en el mejor de los mundos posibles.

En una época en donde la ética no puede plantearse de la misma forma en la que se ha hecho hasta ahora, corresponde fortalecer aquellos elementos que favorecen la religación, el contacto con uno mismo y con el otro, la tolerancia de lo diferente, la comprensión y la conciencia de que podemos llegar al bien y la verdad por diversas vías, no desde una mirada relativista, pero sí prospectiva, que a cada una de las ciencias o disciplinas le corresponde formular este sendero y que hay un espacio social, en el que todo ello converge, llamado educación.

Referencias

- Baudrillard, J. (1990/2006). *La transparencia del mal*. España: Anagrama
- Baudrillard, J. y Morin, E. (2011). *La violencia del mundo*. Argentina: Capital Intelectual
- Bauman, Z. (2005/2015). *Vida líquida*. México: Paidós.
- Bauman, Z. (2006/2013). *Ética posmoderna*. México: Siglo XXI
- Bauman, Z. (2007). *Amor líquido*. México: FCE
- Bauman, Z. (2014). *Sobre la educación en un mundo líquido*. México: Paidós
- Bauman, Z. y L. Donskis. (2015). *Ceguera moral*. México: Paidós
- Bubber, M. (2005). *Yo y tú*. España: Caparros
- Debord, G. (1967/2002). *Society of the Spectacle*. USA: Black & Red
- Lipovetsky, G. (1992/2000). *El crepúsculo del deber*. España: Anagrama
- Lipovetsky, G. (1983/2013). *La era del vacío*. España: Anagrama
- López Calva, M. (2009a). *Educación humanista. Tomo I*. México: Gernika
- López Calva, M. (2009b). *Educación humanista. Tomo II*. México: Gernika
- López Calva, M. (2009c). *Educación humanista. Tomo III*. México: Gernika
- Liotard, J. (1991). *La condición postmoderna*. Argentina: REI
- Morin, E. (1990/2007). *Introducción al pensamiento complejo*. España: Gedisa
- Morin, E. (1999). *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*. México: Dower
- Morin, E. (2001/2008). *El método 5: La humanidad de la humanidad*. España: Cátedra
- Morin, R. (2004/2006). *El método 6: Ética*. España: Cátedra
- OMS. (2002). Informe mundial sobre la violencia y la salud. Autor. Recuperado de: http://www.who.int/violence_injury_prevention/violence/world_report/es/summary_es.pdf
- Pardilla Fernández, S. (2014). *Zygmunt Bauman: El éxito de Facebook es haber entendido necesidades humanas muy profundas*. Sociólogos. Recuperado de <http://sociologos.com/2014/05/28/zygmunt-bauman-el-exito-de-facebook-es-haber-entendido-necesidades-humanas-muy-profundas/>
- Patierno, N., y Palumbo, E. (2016). *Análisis de la violencia como problemática social contemporánea. Sobre el valor de la palabra en la óptica de Hannah Arendt*. *Question*, 1(49), 498-514. Recuperado de <http://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/question/article/view/3006>
- Quevedo, A. (2001). *De Foucault a Derrida, pasando fugazmente por Deleuze y Guattari, Lyotard, Baudrillard*. España: EUNSA

Rodríguez Duplá, L (2001). *Ética*. España: BAC
UNESCO. (1981). *La violencia y sus causas*. París: Autor
Vargas Llosa, M. (2015). *La civilización del espectáculo*. México: Punto de lectura
Wallerstein, I. (2005) . *Análisis de sistemas-mundo: una introducción*. México: Siglo XXI